

EPÍLOGO.

(Escrito en 29 de Noviembre de 1830.)

Era una época de atropellos y prisiones en Alemania, la en que escribía el segundo tomo de los *Cuadros de viaje* (1), y en que se imprimía lo escrito. Mas antes de que apareciera corrió ya entre el público cierto rumor de que mi libro quería despertar el espíritu liberal adormecido, y se recurrió al expediente de prohibirle también. Tales rumores eran á propósito para despachar rápidamente la obra y que fuera arrebatada de las prensas; más como tenía que retener cierto número de pliegos, para evitar las pretensiones de una laudabilísima censura, me encontré en el mismo apuro que Benvenuto Cellini, cuando no teniendo bastante bronce para la fundición del Perseo, á fin de llenar el molde, arrojó al horno cuantos platos de estaño encontró á mano. Era seguramente fácil distinguir el estaño, sobre todo el final de estaño del libro, del mejor bronce; mas el inteligente en el arte no delató al maestro.

Como todo en el mundo puede repetirse, sucedió tam-

(1) Véase el prólogo del primer tomo de la presente edición.

bién que casualmente me encontré en análogo apuro en este tomo, teniendo, á mi vez, que arrojar á la fundición una gran cantidad de peltre, y sólo deseo que esto se atribuya tan sólo á la premura del tiempo.

¡Ah! todo el libro ha aparecido con precipitación, como también los anteriores escritos del autor que llevaban análoga tendencia; los próximos amigos de éste saben cuántos sacrificios le ha costado cada palabra independiente que desde entonces ha dicho.... ¡y, Dios quiera que aun pueda decirlas! Ahora la palabra es un hecho, cuyas consecuencias no pueden precisarse; nadie puede saber con seguridad si al fin no será un mártir de la palabra.

Muchos años hace que en vano espero la palabra de un atrevido orador, que un día en las reuniones de la *Juventud escolar alemana* (1) nos pedía la palabra con frecuencia y con más aún me venció con su talento retórico, cuyo lenguaje hacía esperar mucho; ¡entonces era tan irreflexivo y ahora tan prudente! ¡Cómo hacía sufrir entonces, á los franceses, á la Babel italiana, y á los malos alemanes, frívolos traidores á su patria que alaban á Francia! Mas aquella alabanza se confirmó en la gran semana.

¡Oh, gran semana de París! El hálito de libertad que desde él soplabá hacia Alemania, derribó acá y allá seguramente nocturnas lamparillas que prendieron fuego á los rojos cortinajes de algunos tronos, y las áureas co-

(1) *Burschenschaft*.

ronas se caldearon bajo los encendidos gorros de dormir.....; pero los viejos corchetes de quienes se fiaba la policía del reino aun llevan arrastrando los cubos de servicio de incendios, y se beben los vientos vigilando y forjando secretamente sólidas cadenas, y aun observo que, sin que nadie lo note, rodean al pueblo alemán los espesos muros de una cárcel.

¡Pobre pueblo prisionero! ¡no desmayes en tu triste situación! ¡Oh, que mis palabras no fueran catapultas! ¡Que de mi corazón no pudiera disparar faláricas!

Se funde la agradable corteza de hielo de mi pecho, deslízase en el una extraña melodía..... ¿es el amor, el amor por el pueblo alemán? ¿ó es una enfermedad?

—Mi alma se agita, se encienden mis ojos, y esto es una circunstancia desfavorable para un escritor que debe dominar su asunto y permanecer lindamente objetivo, según lo exige la escuela artística, y como lo hizo Goethe.....—que ha llegado á los ochenta años á ministro, á una posición desahogada.—¡Pobre pueblo alemán! ¡Este es tu hombre más grande! (1)

Aun me faltan algunas páginas en octavo, y para llenarlas voy á referir una anécdota, que desde ayer me anda dando vueltas en la imaginación. Es una anécdota de la vida de Carlos V (2). Pero ha pasado ya mucho

(1) Desde el principio del epilogo hasta aquí falta en la versión francesa.

(2) La versión francesa dice: *de la vida del Emperador Maximiliano*, y Strodtmann asegura que esto es lo cierto (*richtig*), en su nota al original. Véase también cap. VIII del «Viaje de Munich á Génova».

tiempo desde que la oí, y no recuerdo con toda exactitud las principales circunstancias. Esto se olvida fácilmente, cuando no se percibe un sueldo determinado por leer, con el correspondiente cuaderno, todos los semestres viejas historias. Mas nada importa que se hayan olvidado nombres de lugar y fechas de una anécdota, con tal que se conserve en la memoria su íntima significación, su moral. Y esto es precisamente lo que en ella se agita y me entristece hasta hacerme derramar lágrimas.

El pobre Emperador había caído en manos de sus enemigos y yacía en duro calabozo. Creo que era en el Tirol. Hallábase sentado, en solitaria tristeza, abandonado de todos sus caballeros y magnates, pues ninguno de ellos vino en su auxilio. Yo no sé si tenía ya antes aquel rostro de la palidez del queso, según se le ve representado en los cuadros de Holbein (1). Pero su labio inferior, que parece despreciar al género humano (2), se destacaba aún más vigorosamente que en dichas pinturas. Debía despreciar á las gentes que á la luz del sol de la dicha le acosaran con su adhesión, y ahora le dejaban solo en su sombría desventura.

En este instante se abre de repente la puerta de su encierro y entra un hombre embozado, más al caer el embozo de aquella capa, reconoció el Emperador á su fiel Conrado de la Rosa (3), el bufón de la corte.

(1) La versión francesa dice: *del segundo período de su vida.*

(2) La versión francesa añade: *y que se encuentra en todos los príncipes de la casa Habsburgo.*

(3) *Kunz von der Rosen.*

¡Oh, patria alemana! ¡Oh, querido pueblo alemán! yo soy tu Conrado de la Rosa. El hombre, cuya verdadera profesión es hacer chistes, y que sólo puede proporcionarte placer en los días venturosos, penetra en tu prisión el día de la desgracia. Aquí, bajo el manto te traigo tu fuerte cetro y tu bella corona. ¿No me reconoces, mi Emperador? Ya que no pueda libertarte, quiero al menos darte consuelos, y tendrás á tu lado con quien charlar acerca de tus más angustiosas torturas, quien te ame, y ponga á tu disposición sus más felices ocurrencias y lo mejor de su sangre.

Pues tú, pueblo mío, eres el verdadero emperador, el verdadero señor del país—pues tu voluntad es soberana y mucho más legítima que ese purpurado *Tel est notre plaisir*, que se jacta de un derecho divino sin otra razón que el linimento (1) de esos tonsurados juglares (2); tu voluntad, pueblo mío, es la única legítima fuente de todo poder. Por más que hoy yazgas aherrojado, vencerá al fin tu buen derecho; se acerca el día de la liberación, una nueva era comienza..... ¡Mi Emperador, la noche ha terminado, y allá afuera lucen las rojas tintas de la aurora!

—Conrado de la Rosa, mi bufón, tú te equivocas, y tomas quizá una brillante segur por un sol, y la roja aurora no es más que sangre.

—No, mi Emperador, es el sol, por más que se eleva por el Occidente; pero hace seis mil años que se le ve

(1) *Salbadereien.*

(2) *Gawkler.*

siempre salir por el Oriente, y ya es tiempo de que introduzca una variación en su carrera.

—Conrado de la Rosa, mi bufón, has perdido los cascabeles de tu roja caperuza, y tiene ahora un aspecto extraño.

—¡Ah! mi Emperador, á causa de vuestro infortunio sacudí la cabeza con tan furiosa seriedad que los cascabeles de la locura se desprendieron de mi gorro; más no ha empeorado por eso.

—Conrado de la Rosa, mi bufón, ¿qué se rompe y cruje allá afuera?

—¡Estad tranquilo! Es la sierra y el hacha del carpintero. ¡Pronto se romperán las puertas de vuestra cárcel y seréis libre, mi Emperador!

—¿Soy aún acaso realmente emperador? ¡Ah, es el bufón quien me lo dice!

—¡Oh, no suspiréis, mi querido señor, el ambiente de esta cárcel os ha acobardado; más cuando hayáis recobrado vuestro poder, volveréis á sentir en vuestras venas la atrevida sangre imperial, y seréis altivo como un emperador, arrogante y benigno, injusto y risueño, desagradecido como lo son los príncipes!

—Conrado de la Rosa, mi bufón, cuando yo sea otra vez libre ¿qué harás tú?

—Haré coser nuevos cascabeles á mi caperuza.

—¿Y cómo recompensaré tu fidelidad?

—¡Ah! querido señor, ¡no me hagáis quitar la vida!

los pr.

(3) A.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE Y DE LOS CUADROS DE VIAJE.

ÍNDICE.

ITALIA.

| | PÁGS. |
|----------------------------------|-------|
| I. Viaje de Munich á Génova..... | 5 |
| II. Los baños de Lucca..... | 163 |
| III. La ciudad de Lucca..... | 299 |
| Post-scriptum..... | 397 |
| Epilogo..... | 403 |

